

IGLESIA Y CULTURA: LA DIMENSIÓN ESTÉTICA Y ARTÍSTICA. ALGUNAS REFLEXIONES Y DESAFÍOS*

Luis Hernán Errázuriz L.
Instituto de Estética
Pontificia Universidad Católica de Chile.

Como miembro de la Iglesia, desde el mundo de los laicos, con gratitud por todo lo recibido en la formación de la fe; con la convicción de que la fuerza del Espíritu trabaja entre nosotros y es más grande que nuestras debilidades; con la esperanza en que podemos mejorar y enriquecer el rostro de la Iglesia, para hacerla más sensible, más abierta, más humilde, más de acuerdo al rostro de Cristo, por último, con la certeza de que la Iglesia es un misterio, acojo esta invitación para compartir algunas reflexiones sobre el tema propuesto.

INTRODUCCIÓN

La noción de cultura puede ser tan amplia y tan específica como la imagen que tenemos de la Iglesia. En efecto, como cuerpo somos un todo, sin embargo, las diversas comunidades, miembros y sensibilidades religiosas constituyen una enorme variedad de particularidades que hacen difícil articular una visión objetiva sobre el conjunto.

De igual modo, la cultura puede ser acotada, por ejemplo, en tradicional, moderna, histórica, popular, económica y también en estética y artística. En el contexto de esta presentación, al usar el término cultura pensamos fundamentalmente en estos dos últimos ámbitos. Nos interesa de un modo especial las relaciones de la Iglesia con la dimensión estética y artística.

No obstante, estas últimas dimensiones también están atravesadas por distintos niveles y diversidades que no admiten actitudes dogmáticas o reduccionistas. Consecuentemente, los planteamientos que se exponen a continuación están hechos desde una mirada que no pretende ser excluyente.

1. LAS SENSIBILIDADES DE LA IGLESIA

En nuestra Iglesia, como en las personas, existen sensibilidades. Esta capacidad, de reaccionar con mayor o menor interés, urgencia, empatía o com-

* Ponencia presentada en la Conferencia Episcopal de Chile en la 73ª Asamblea Plenaria de Obispos, mayo de 1997.

prensión frente a los fenómenos más diversos que involucra la experiencia humana, se aprende, desarrolla y condiciona mediante la intervención de múltiples factores (históricos, sociales, personales, etc.). La sensibilidad evoluciona, cambia con el tiempo y también se puede refinar.

La historia de la Iglesia da cuenta de estos procesos en forma elocuente, de modo que la sensibilidad medular por el Evangelio y la persona de Jesucristo, pese a las limitaciones y faltas de fidelidad, adquiere diversos énfasis y matices que se expresan en ideas fundamentales o grandes propósitos. Por ejemplo, durante las últimas décadas la Iglesia chilena ha expresado sus sensibilidades, interpelando a la sociedad con urgencia respecto a: la opción preferencial por los pobres, los derechos humanos, la familia, el divorcio, la moral sexual y el aborto.

La Iglesia también ha manifestado interés por otras áreas del quehacer social y personal, las cuales por diversas razones –en especial por la manipulación que hacen los medios de comunicación– no logran encontrar un espacio público significativo. No obstante, más allá de esta realidad, nuestra Iglesia tiene sus sensibilidades lo cual, en cierta medida, es natural y necesario.

Sin embargo, cuando los sentidos tienden a estar muy afinados en una sola dirección (por ejemplo, divorcio, moral sexual y aborto), se pueden descuidar o no percibir otras prioridades que también “claman al cielo”. Tal es el caso, por ejemplo, del deterioro progresivo del medio ambiente y las desigualdades cada vez más escandalosas que hay en nuestro país entre ricos y pobres.

Desde otra perspectiva, también “claman al cielo” el tema de la participación real de los laicos y una mayor apertura de la Iglesia hacia el mundo de la cultura, en los términos que hemos acotado.

2. LA INSENSIBILIDAD DE LA IGLESIA FRENTE A LA CULTURA

Es muy posible que en comparación con algunos temas mencionados, las relaciones de la Iglesia con la cultura parezcan más bien una preocupación de carácter ornamental o, simplemente, para un grupo minoritario. Sin embargo, refinar los sentidos de la Iglesia a la dimensión estética es cada vez más apremiante.

De hecho la cultura es un bien esencial del cual también depende nuestra calidad de vida. Desde esta perspectiva, por lo tanto, no es sólo entendida como un espacio propicio para la evangelización en un sentido instrumental, sino como un valor en sí mismo que constituye un ámbito espiritual el cual contribuye a dar forma y consistencia a la comunidad humana.

Lamentablemente, esta no es la actitud que predomina en nuestra Jerarquía. Existen suficientes evidencias que demuestran un descuido y desinterés, sin intención, pero, sí de hecho, por la dimensión estética y artística. Para citar algunos ejemplos:

- a) El arte y los artistas ocupan un lugar muy marginal en la vida de la Iglesia o están ausentes. Al respecto, un grupo de artistas chilenos hizo el siguiente planteamiento a la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Puebla:

Esta actitud general de menosprecio y abandono de la Iglesia por la creación, la belleza y el arte, se refleja en forma dramática en la casi totalidad de los establecimientos educacionales que ella regenta en América Latina. Aparte de un general deslucimiento en el ambiente que rodea al estudiante cristiano en los años de su formación no existe, con respecto a la creación, la belleza y el arte, una conducción sistemática y consciente, como la hay en la adhesión a la verdad o en la práctica y criterio del bien.¹

No menos ausente está la dimensión estética en la formación para la vida religiosa. Salvo algunas excepciones la mayoría de los esfuerzos se concentran en los contenidos teológicos y morales.

- b) Una situación similar se puede apreciar en la arquitectura de los templos, la liturgia, la confección de imágenes, la decoración de los muros, la paupérrima calidad de la música y la fealdad de muchas reproducciones que decoran casas de retiro, conventos, etc. Otro tanto se podría decir sobre la pobreza estética de las imágenes visuales que difunden la vida de la Iglesia en la prensa, la televisión y los circuitos internos. Esta penitencia de los sentidos puede generar cierta adversidad hacia la Iglesia, particularmente entre los jóvenes.

La breve reseña anterior en parte se explica debido a que generalmente los artistas y sus obras son percibidos por la Iglesia como una amenaza secularizadora, que puede atentar contra el orden teológico y moral. El precio de esta desconfianza, que en algunos casos puede ser legítima, es el distanciamiento del arte, los artistas y la cultura.

Obviamente el descuido de la dimensión estética surge históricamente por la influencia de un conjunto de factores que no se pueden explicar o reducir unilateralmente. En este sentido, debemos reconocer que los artistas cristianos y aquellos que trabajamos en este ámbito también tenemos nuestra cuota de responsabilidad.

En síntesis, las consecuencias más evidentes de esta separación entre Iglesia y cultura –que por momentos parece divorcio– es, por una parte, el empobrecimiento de la vida y, por otra, un desconocimiento de uno de los lenguajes más propios de la modernidad.

3. LOS LENGUAJES DE LA IGLESIA

Una de las situaciones más inquietantes, que genera la separación progresiva entre Iglesia y cultura, es la creciente dificultad de comunicación que se está produciendo con las nuevas generaciones. En efecto, mientras en las culturas juveniles pareciera ser cada vez más importante un estilo de lenguaje en

¹ *El arte, una alternativa para el hombre latinoamericano*. Santiago: Ediciones del "Grupo Cámara Chile", 1979.

el que predominan las imágenes visuales –(televisión, video y computación), los diseños (vestuario y la diferenciación por estereotipos), la música y otras formas de expresión–, el lenguaje habitual de nuestra Iglesia continúa siendo fundamentalmente discursivo, verbal y escrito.

¿Cómo esperar entonces que las nuevas generaciones que se han apropiado de un sistema comunicativo distinto puedan dialogar con el lenguaje de la Iglesia?

Por otra parte, la iconografía cristiana también pertenece al mundo del pasado. Vivimos de un capital artístico principalmente barroco y colonial, al punto que corremos el riesgo de que la mayoría de las imágenes religiosas del próximo milenio tengan ya varios siglos. En otras palabras, corremos el riesgo de una extinción del arte religioso. Desde esta perspectiva, se hace cada vez más urgente recrear el rostro de Cristo de acuerdo a las realidades contemporáneas que nos toca vivir.

¿Cómo recuperar la enorme capacidad creadora que tuvo la Iglesia durante siglos?

Modernizar los lenguajes de la Iglesia y diversificar sus formas de comunicación es un imperativo “que no puede esperar”. No se trata de perder el valor de lo sagrado sino de enriquecerlo y de reconocer que cada día es más necesario ampliar y respetar las sensibilidades con que distintas generaciones y grupos sociales necesitan cultivar y celebrar la fe.

Un obstáculo serio para alcanzar este propósito es la falta de diálogo con la modernidad y de comprensión de lo que esta significa. Con frecuencia se impone un estilo de lenguaje eclesial que pareciera provocar aversión y, en definitiva, rechazo a la Iglesia y lo religioso. Por ejemplo, en relación a la manera de presentar públicamente sus puntos de vista en materias controvertidas, se advierte actualmente la tendencia, en algunas autoridades o voceros de la Iglesia, a emplear un tono y estilo que supone la universal comprensibilidad y evidencia de sus argumentos. Parece que no se tuviera suficientemente en cuenta el hecho de que la sociedad moderna se ha secularizado y no está en condiciones de entender fácilmente cuestiones que de suyo suponen una disponibilidad y apertura de corazón con las que no se puede contar como obvias, puesto que son actitudes íntimamente vinculadas a una fe viva.

Nos hemos acostumbrado a pensar que las verdades de la fe, en las que nacimos y nos formamos son incuestionablemente ciertas, y nos falta la humildad para ponernos en el lugar del otro y comprender su renuencia a aceptar sin crítica lo que predicamos, máxime si el mensaje de amor y misericordia entra muchas veces en contradicción con la indiferencia o intolerancia que mostramos frente a las nuevas tendencias culturales que nos contradicen.

4. ALGUNAS SUGERENCIAS

Pareciera que un cambio de actitud que permita una mayor valoración del arte y la cultura supone al menos:

- a) Profundizar al interior de la Iglesia en la reflexión sobre este tema, de un modo sistemático y formalmente instituido, de modo que pueda efectivamente tener proyecciones en términos concretos.

- b) Exhortar a los artistas cristianos, en el mundo popular y profesional, a crear arte religioso. Solicitar el aporte de arquitectos, diseñadores, músicos, estetas y teólogos para conservar y desarrollar el patrimonio artístico de la Iglesia.
- c) Comprender que la calidad de la educación católica no consiste exclusivamente en entregar una sólida formación de la fe y en la encarnación de valores cristianos, también es imprescindible educar personas sensibles que sean capaces de reconocer, disfrutar y cuidar la belleza, tanto del mundo natural como artístico. Probablemente, si la educación estética de los colegios católicos fuera de mejor calidad habrían más artistas dispuestos a crear arte religioso.
- d) Enseñar a la comunidad, desde los niños hasta la Jerarquía, a cuidar las formas sensibles en que se expresa la liturgia, reconociendo y valorando la diversidad de sensibilidades que enriquecen la vida de la Iglesia.
- e) Confiar más en los laicos, en los artistas y en aquellos que sin tener fe pueden contribuir a la construcción de una Iglesia más creativa, viva e interesante. En ellos también trabaja el Espíritu.

